coloquial, breves paisajes citadinos. En fin, son trozos de la vida diaria catalogados con lucidez mental, espíritu de orden, el cual no se empaña con el tono melancólico que el autor pretende imprimir a sus complejos verbales. El sentimiento de frustración que padece Antonio está tratado de una manera sentimental. El autor siente demasiada piedad por su personaje, lo mira con simpatía y no desnuda los más íntimos recodos de su alma; no lo lleva hasta el desgarramiento patético del adolescente en conflicto, ni lo somete a las duras pruebas de los momentos dramáticos. Y la única vez que uno de éstos se presenta, es para salvar al héroe de la amargura y llevarlo plácidamente a un fin feliz, a recobrar su fe en la vida y en el amor. La obra termina en una frase sacramental: "—Silvia— dijo por fin con aplomo—, ¿aceptaría usted ir a un café barato?" El fin queda suspendido en la inestable promesa de un nuevo amor.

La juventud de Segovia sirve de disculpa a sus pecados literarios. La estructura de *Primavera muda* es anticuada. Segovia no aprovecha las saludables lecciones de los grandes maestros de la novela moderna, sino que lleva el hilo de la historia en una sucesión ininterrumpida de tiempos y espacios, método que ya hace mucho abandonó la novelística europea. Aparte de esto, se nota un marcado contraste entre la tónica general de la obra y ciertos giros idiomáticos que molestan por elaborados: "Qué crepusculares somos", o "le he visto los huesos a esta tierra". Son contraproducentes en su intento de imprimir al conjunto un clima poético, estos y otros recursos literarios, que usa el autor por falta de experiencia en el quehacer novelístico. Pero éstos son lugares comunes de todo escritor que no ha alcanzado la madurez, la difícil facilidad que requiere la expresión literaria. De la capacidad de autocritica de Segovia, esperamos en adelante mejores frutos.

C. V.

SERGIO MAGAÑA, *Moctezuma II*. Tragedia en tres actos y un prólogo. Teatro, I. México, julio, 1954, pp. 35-82.

Sergio Magaña ejerce el derecho del poeta, consagrado por Aristóteles en *El arte poética*, de inventar nuevas fábulas, o modificar las ya existentes; en su *Moctezuma II* no sigue la tradición histórica. El carácter del último emperador de México difiere del que generalmente se le atribuye en los textos, de los que Magaña dice, en su petulante *Autocrítica de Moctezuma II*: "Las

historias, . . . tradicionalmente amparadas en pudibundeces raciales, en complejos patrióticos, han exaltado el nombre de Cuauhtémoc frente al de Moctezuma". La cuestión de si el Moctezuma de este autor se acerca más a la verdad, que el de la historia, es un punto secundario, ya que el mismo Magaña confiesa su pretensión de crear un personaje universal, pero este no llega a presentarse, sino que en su lugar aparece la actitud política del Emperador frente a su corte. También, el dilema de que si la obra es o no una tragedia, que tanto discutieron los críticos, es de orden secundario, ya que catalogar la creación dentro de patrones rigurosos siempre ha sido una labor ardua e infecunda. Lo que sí tiene importancia es la falta de comprensión de nuestra época para el arte trágico. Hoy la comedia se impone sobre el drama, ya este último lo colocamos a un paso de la cursilería, así cuando Moctezuma, poco antes de caer el telón exclama: "Ahora te toca a tí, Cortés . . . Tu ganas porque te acompaña la traición y los gritos . . . pero la fuerza de mi silencio ha de pasar el ruido de las cosas", en vez de conmovernos, nos hace sonreír. Y aunque en este caso parte de la culpa cae sobre la obra inoperante, mucho más culpable es el público que ha perdido el sentido de lo trágico.

La fábula principal es la lucha política de Moctezuma contra las castas militares y religiosas que aprovechan la proximidad de los españoles para aumentar sus privilegios, y que sin reparar en los medios preparan un golpe de estado. El Emperador combate en contra del medio ambiente que lo rodea, es un político hábil que atenta contra la tradición, para con ella destruir los privilegios y el poder que tradicionalmente gozan las castas superiores, en cambio los cortesanos se defienden, respaldando los sacrificios humanos y las guerras, sin los que su situación privilegiada no tendría ningún apoyo ni razón de existir; pero la lucha queda inconclusa por la llegada de los españoles. Moctezuma demuestra grandes facultades políticas, sobre todo en sus parlamentos con el embajador de los mayas, pero en ningún momento muestra plenamente su calidad humana, sus acciones sólo responden a una idea: la política. Los cortesanos, por su parte, son pálidas figuras que no revelan ningún carácter determinado, sus actos tienden a un sólo objetivo: retener sus privilegios. Sus sufrimientos no despiertan simpatía, ni el Emperador a pesar de sus

ideas humanitarias, ya que éstas ocultan un móvil personal. Como la lucha es demasiado equilibrada e infecunda, ante la proximidad del peligro español, no despierta interés. Y, cuando la llegada de los conquistadores debería provocar las verdaderas situaciones dramáticas, el telón cae.

Esta tragedia por su estructura tiene algunos caracteres en común con la tragedia griega: el coro, la melodía, el prólogo, los dioses en la escena; pero en cuanto a sentido y efectos difiere fundamentalmente del teatro helénico.

Muchas ambiciones entraña la obra de este autor; pero muy pocos son sus momentos felices. Si es cierto que las intrigas palaciegas están elaboradas con mucha inteligencia, no por esto conmueven. Y sobre todo, las más desafortunadas son las escenas de amor, y es muy lamentable la ausencia de esas pasiones que son el motor de las grandes tragedias. Pero con todo y sus defectos *Moctezuma II* se aparta en muchos aspectos de los caminos trillados y de los moldes convencionales del teatro mexicano.

C. V.

MAX AUB, *Las buenas intenciones*. Tezontle. México, 1954. 352 pp.

La mayor parte de los hechos de esta novela tienen lugar en Madrid; pero también se desenvuelve en varias regiones y ciudades españolas, dentro de un período que abarca desde el año de 1924 hasta el término de la guerra civil española de 1939.

La narración se dirige en diversos planos. La unidad tiempo-espacio, a veces, retrocede para contarnos la historia de un nuevo personaje, otras forma una laguna narrativa, para llegar directamente a sucesos importantes y burlar los triviales; sin embargo, la impresión de temporalidad está bien lograda. El transcurso del tiempo se aprecia en los personajes que envejecen, y esta decadencia física se proyecta en el ánimo del lector, quien no puede menos que conmoverse ante la paulatina fuga de las ilusiones que empobrece la existencia de los personajes, cada vez más monótona, a medida que se acercan al fin de la novela, a su muerte. En general, la estructura de esta novela es satisfactoria.

La mayoría de los personajes pertenecen a la clase media, a un mundo burgués en el que predomina la lucha por la existencia, la sensualidad y el sentimiento, y escasean las ideas. Son gentes simples y de poca profundidad psicológica. Sus

problemas más graves son el amor y la comida. Adoptan las ideas políticas de acuerdo con sus intereses. Los comerciantes están por la monarquía, los pobres simpatizan con los republicanos: pero la mayoría sólo quiere vivir en paz. Agustín destaca en primer plano, es un buen hombre que pasa toda su vida sacrificándose por los demás, es la víctima del egoísmo de sus padres; pero él no es un héroe, se sacrifica porque no puede hacer otra cosa, le falta carácter para rebelarse. Ama, pero no puede realizar su amor, se contenta con casarse con otra mujer, sólo porque se parece a la que ama. Agustín no tiene ambiciones de ninguna especie. Soporta la adversidad con resignación, la atribuye a su mala suerte. Va a la guerra sin odios, y cava trincheras sin convicción. Cuando sabe que la República ha sido traicionada, tiene un momento de lucidez metafísica, único en la obra, y piensa, o más bien tiene la sensación de que él ha sido traicionado por alguien desde su nacimiento, que le tocó tener mala suerte, y que siempre las cosas le han de salir mal. Cuando cesa el fuego, camino a su prisión, un soldado falangista lo mata: "—¡Bah! Por uno no vale la pena que demos esa caminata". Remedios también goza la simpatía del autor, ella es una buena muchacha; pero la suerte la lleva a la mala vida, sus deseos de felicidad se ven frustrados. Es una heroína sin heroísmo; no sabe luchar por su felicidad.

Max Aub sigue la tendencia realista, hace todo lo posible por imprimir a sus complejos verbales un tinte cotidiano, y por crear un mundo novelístico completo. Introduce personajes de sus otras novelas en *Las buenas intenciones*, y aun a seres de la vida real. Pero a pesar de esto, hay incidentes de tipo romántico, complicaciones sentimentales, como la de Agustín y su padre que aman a la misma mujer, y otros por el estilo.

La historia principal es la de Agustín; pero no presenta la monotonía de una simple vida burguesa, ya que otras muchas historias vienen a enriquecer la novela, dando la impresión de un fenómeno literario complejo y vital. Los materiales expresivos ayudan con su desnudez a recobrar la realidad cotidiana, el acacer histórico, y dar verosimilitud a los hechos que inventó la fantasía.

La trama es simple, ya que las historias no necesitan complicadas explicaciones que las respalden. Los momentos dramáticos no son muchos, y los